Fragmentos Doctor

Fragmento 6

—Doctor, no ponga usted demasiada atención a lo que dicen esos periódicos esparcidos en el suelo… sólo están allí para que el parquet no se manche.

Fragmento24

Usted es, y todos lo sabemos, querido maestro, el autor de este pequeño *précis* que tanto ha dado qué hablar en los círculos de su especialidad. Una obrita inquietante en verdad. La Facultad, desde luego, no ha participado en ninguno de los aspectos del escándalo que se ha producido. Son las gentes de letras y en especial los *dreyfusards* los que han acudido apresuradamente a abrevar en las fuentes de esa sabiduría malsana que usted, querido doctor, no sin cierto ingenio y buen humor, ha hecho brotar en el yermo de la filosofía médica de nuestro tiempo. Particularmente su exhaustivo análisis del *Lengn-tch’é,* con las magníficas fotografías que lo acompañan, debidas —como todos lo saben— a su pericia técnica en el arte de Daguerre, merecerán, en años futuros, sin duda alguna, un lugar de honor en la historia de las curiosidades médicas. Es un hecho que desde los cursos del gran Claude Bernard que produjeron la *Introducción al Estudio de la Medicina Experimental* no se había producido, en el seno de nuestra Facultad cuando menos, un texto teórico tan importante como el suyo. Sólo es de lamentarse el uso tan inapropiado que los literatos están haciendo de él. Si no fuera por esto, su candidatura, querido maestro, seguramente se vería bien acogida.

Fragmento 65

Es preciso no dejar nada al azar. ¿Está usted seguro, doctor, de que ha recogido todo, absolutamente todo —inclusive el troza- pubis, pulido y reluciente que compró en Frankfort… y los gati**l**os de su invención que mandó fabricar en Edinburgo, con John McClough, Ltd., y que le han dado una fama universal?

¿Está usted seguro de haberlo guardado todo en ese maletín gastado de cuero negro que tanto le pesa al cruzar con su paso artrítico la rue de l’École de Médecine? ¿Está usted seguro de haber envuelto cada uno de esos curiosos instrumentos en los pequeños lienzos de lino hábilmente preparados por “Mme. Farabeuf” (née Dessaignes, de Honfleur) con los restos de las sábanas sobre las que usted, maestro, y e **l**a consumaban el acto **l**amado carnal o *coito* cuando apenas era un interno en el Hôtel Dieu —antes todavía de ser auxiliar de la clase de Anatomía Descriptiva bajo el gran Larrey, antes de que tomara el gusto de aplicar sus propios métodos a toda aque **l**a carroña tendida bajo la bóveda decorada con el lujo austero de aque **l**as mujeres quietas, infinitamente quietas, tan quietas como cadáveres vistos en un espejo, que Puvis de Chavannes había pintado a **l**í? …

¿todos los instrumentos los guardó usted en ese maletín negro?,

¿el basiotribo de Tarnier que sirve para extraer el feto, tajado en pedazos, del interior del **l**amado “claustro materno”? ¿Está usted seguro, doctor Farabeuf?, ¿todos sus complicados instrumentos…?

Fragmento 196

Una duda te turba. Has caído en la trampa que te tendió el taumaturgo. Se ha formado en tu mente la imagen de ese suplicio. Ese rostro extático se ha dibujado en tu memoria. Como un relámpago se concretó ante tus ojos esa agonía milenaria que sin haberla conocido hubieras querido olvidar. Estaba ante ti, con toda su ineluctable presencia, mutilado y exangüe, fijo en aquel crepúsculo **l**uvioso como una avispa traspasada por un alfiler y cuando apareció se produjo en tu memoria, con el olvido, una confusión lamentable. Te olvidaste de ti misma. Tanto que sólo hubieras deseado recordarte para recobrar tu presencia. Pero ese olvido era más tenaz que la memoria que trataba de recuperarte y una vez que habías caído en esa trampa que Farabeuf te había tendido, tu confusión era absoluta. ¿Quién eras tú ante aque**l**a imagen agónica? ¿Cómo era posible que tu cuerpo pudiera confundirse con aque**l**os jirones de carne sangrienta? Te has extraviado en su mirada como en un camino inseguro y no sabes quién eres, acaso un cuerpo supliciado, unos ojos que aprenden lentamente el significado absoluto de la agonía, o acaso eres la visión que contemplan esos ojos a punto de cerrarse para siempre.

Pues bien, al fondo se había improvisado un pequeño escenario. El estrado, que se elevaba apenas unos cuantos centímetros del nivel del piso del salón, estaba colocado frente a un enorme espejo que pendía en el muro del fondo y el decorado estaba también constituido por otro espejo que reflejaba al infinito su propia imagen reflejada en el espejo del fondo del salón. Nosotros estábamos, entonces, colocados entre las superficies de los dos espejos. Estoy seguro de que esto no se te ha olvidado, pues la extraña sensación que tal espectáculo interminable producía en los espectadores era, sin duda, algo memorable. De pronto se extinguieron las luces, pero no totalmente, como sucede en el teatro minutos antes de que dé comienzo la función. Una que otra luceci**l**a, apenas perceptible, pero reproducida al infinito por las dos superficies de los espejos que constituían, uno el fori**l**o de aquel escenario y el otro el fondo del salón, creaba una penumbra chispeante dentro de la que era posible discernir las siluetas de todos los objetos aunque no hubiera sido posible precisar la identidad de los espectadores. ¿Quién eras tú aque**l**a noche? Un hombre grueso, de edad, que iba ataviado con una bata china negra, raída, subió al escenario y después de dirigirnos una mirada procedió a dar comienzo al espectáculo. Antes que nada hizo sonar un gong. Ese sonido vibrante y metálico **l**amó nuestra atención hacia su ayudante, una mujer rubia vestida de enfermera, que en el momento en que el hombre hizo sonar el gong encendió una linterna mágica a nuestras espaldas. La apariencia de esta mujer era singular, especialmente por el hecho de que iba tocada con una cofia blanca de la que pendía un vuelo de lana gris. La linterna mágica al encenderse tan súbitamente produjo un deste**l**o cegador en la superficie infinita del espejo. Nuestros ojos tardaron unos instantes en asimilar la luz bri**l**antísima. Después se fue formando lentamente en e**l**os la realidad de una imagen aterradora; de seguro que tú no lo habrás olvidado, pues hubo algo en la fracción de segundo que duró aquel deste**l**o que te alejó de mí. Y cuando entendí el verdadero significado de aque**l**a imagen, te encontrabas sentada en el ángulo opuesto del salón. De e**l**o no pude darme cuenta sino cuando la fascinación de aque**l**a carne maldita e inmensamente be**l**a se había desvanecido y que las luces se habían vuelto a encender. Aquel espectáculo había sido acompañado por un diálogo explicativo en que la Enfermera, que manipulaba el aparato de proyección, iba haciendo preguntas al *meneur* que con un largo puntero hacía precisiones señalando los deta**l**es de la imagen proyectada ante nosotros. Sólo recuerdo la primera pregunta: *“Doctor Farabeuf, tenemos entendido que es usted un gran aficionado a la fotografía instantánea…”* ¿Acaso recuerdas tú las otras preguntas? En el curso de aquel espectáculo que los programas —impresos en el gusto tipográfico de Épinal— señalaban como *Teatro Instantáneo del Maestro Farabeuf,* surgía en la panta**l**a intempestivamente la figura de una mujer desnuda que parecía ofrendar hacia la altura una pequeña ánfora dorada. La Enfermera entonces **l**amaba la atención del hombre de la bata china diciéndole: “No debe usted distraerse con la imagen de esa mujer desnuda, doctor”, y la imagen cambiaba rápidamente y volvíamos a ver, como si fuera desde otro punto de vista, la imagen de aque**l**a escena escalofriante cuyos deta**l**es se veían acentuados por una explicación técnica en la que se invocaban los procedimientos quirúrgicos aplicados al arte de la tortura. El *meneur* iba señalando con el puntero los deta**l**es, en la imagen, a los que aludía su exposición. Terminada ésta, el hombre hacía una señal a la Enfermera. Las luces se encendían. El hombre se dirigía al público diciendo humildemente: “Muchas gracias, señoras y señores, se hace lo mejor que se puede”, y los espectadores aplaudían. Antes de que tuvieran tiempo de levantarse de sus asientos, la Enfermera cruzaba el salón y ofrecía en venta unos fo**l**etos impresos modestamente. En la cubierta podía leerse el siguiente título: *Aspects Médicaux de la Torture, par le Dr. H. L. Farabeuf, Chevalier de la Légion d’Honneur, etc…*

Fragmento 198

Tengo otros recuerdos de aque**l**a velada: la Enfermera, además de los pequeños fo**l**etos del Doctor Farabeuf, ofrecía también otro libro de mayor tamaño y precio diciendo: “…o este entretenido libro de imágenes para los niños”. Era un libro con pastas de cartón. La Enfermera lo mostraba abierto en las páginas centrales. No he podido olvidar una de aque**l**as imágenes. Representaba a un niño a quien le habían sido cortados los pulgares. Las manos le sangraban y a sus pies se formaban dos pequeños charcos de sangre. Afuera de aque**l**a casa en la que estaba el niño mutilado estaba **l**oviendo. Esto es una intuición inexplicable porque no había ningún indicio dentro del grabado que hiciera suponerlo con certeza. Sólo, quizá, el hecho de que en un grabado contiguo aparecía una mujer con un paraguas.

Fragmento 222

Esa mujer no es ni rubia ni morena; es *esa* mujer. ¿La reconocería usted, doctor, si un día encontrara ese rostro detrás del cristal de un frasco para preparaciones anatómicas, como esas cabezas singulares que se conservan en el Museo Dupuytren, eh? ¿Reconocería usted a Mélaine Dessaignes en tales circunstancias? Sus ojos no son negros ni claros; esa boca no es de nadie. Mire usted esa fotografía con gran cuidado: ¿no reconoce usted a Mélaine Dessaignes?